

310. *Los bonachones.*—Los seres bonachones han adquirido este carácter por el temor constante que inspiraban á sus antepasados las ingerencias extrañas: atenuaban las cosas, querían tranquilizar á los demás pedían perdón, distraían, adulaban, prodigaban las consideraciones, se humillaban, ocultaban el dolor y el despecho, leían en los rasgos de la fisonomía, y al cabo transmitieron todo este mecanismo fino y bien combinado á sus hijos y nietos. Estos han tenido la suerte de no vivir ya en un temor continuo, pero, sin embargo, siguen tocando el mismo instrumento.

311. *Lo que se llama alma.*—La suma de los movimientos interiores que le resultan fáciles al hombre, y que, por consiguiente, ejecuta de buen grado y con gracia, es lo que se llama alma; se dice de un hombre que carece de alma cuando deja traslucir que los movimientos del alma se le hacen penosos y duros.

312. *Los olvidadizos.*—En las explosiones de la pasión y en los delirios del ensueño y de la locura, reconoce el hombre su historia primitiva y la de la humanidad; reconoce la animalidad y sus muecas salvajes; su memoria vuelve hacia un pasado muy lejano, mientras que el estado civilizado se desenvuelve partiendo del olvido de esas experiencias primitivas, es decir, de la debilitación de esa memoria. El hombre olvidadizo de especie superior, permanece siempre muy alejado de estas cosas; no comprende á los hombres. Y es una ventaja que de tiempo en tiempo haya individuos que no los comprendan, individuos engendrados por los dioses y traídos al mundo por la razón.

313. *Amigo que no se desea.*—Se quiere mejor tener

por enemigo al amigo cuyas esperanzas no es posible satisfacer.

314. *Reunión de pensadores.*—En medio del océano del *devenir* nos despertamos en un islote no mayor que una barquichuela, nosotros los aventureros, los pájaros viajeros, y miramos por un momento alrededor de nosotros con toda la precipitación y la curiosidad posibles, pues un golpe del viento puede arrastrarnos á cada instante ó una ola barrernos del islote, sin que quede nada de nosotros. Y en ese reducido espacio encontramos otros pájaros viajeros y oímos hablar de otros más antiguos todavía, y así gozamos de un delicioso minuto de conocimiento y de adivinación gorjeando juntos y agitando alegremente las alas, mientras nuestro espíritu peregrina sobre el océano tan orgulloso como el océano mismo.

315. *Desasirse.*—Abandonar algo que es de nuestra propiedad, renunciar un derecho, place cuando es señal de grandes riquezas. En este terreno hay que colocar la generosidad.

316. *Las sectas débiles.*—Las sectas que comprenden que han de ser débiles en número, andan á caza de adeptos inteligentes y quieren suplir con la calidad lo que les falta desde el punto de vista de la cantidad. Este es un peligro para la inteligencia, que merece la pena de no descuidarse.

317. *El juicio de la noche.*—El que reflexione sobre la labor del día ó de su vida cuando ha llegado al fin y se encuentra fatigado, se entrega, por lo general, á meditaciones melancólicas, pero no hay que achacar-

lo al día ni á la vida, sino á la fatiga. En mitad del trabajo fecundo no tenemos tiempo generalmente de juzgar la vida y menos todavía en medio del placer; pero si por ventura nos paramos á hacerlo, no damos la razón al que espera el sétimo día y el descanso para encontrar bueno todo lo que existe; ha dejado pasar el momento mejor.

318. *Desconfiad de los sistemáticos.*—Los sistemáticos representan una comedia: necesitando rellenar su sistema y redondear el horizonte alrededor de él, les es forzoso presentar sus cualidades flojas en el mismo estilo que las sólidas; quieren aparentar que son naturalidades fuertes de un modo completo y uniforme.

319. *Hospitalidad.*—El sentido que debe atribuirse á las costumbres de hospitalidad es el de paralizar la enemistad del extranjero. Disminuye la hospitalidad desde el instante en que se deja de ver en el extranjero un enemigo; florece mientras florecieron los recelos.

320. *Buen y mal clima.*—Un clima variable é inseguro vuelve á los hombres desconfiados los unos respecto de los otros; se vuelven ansiosos de innovaciones por lo mismo que les es forzoso cambiar de hábitos. Por eso á los déspotas les gustan las comarcas en que el clima es moral.

321. *Peligros de la inocencia.*—Los hombres inocentes son las víctimas en todo, pues su inocencia les impide distinguir entre la medida justa y la exageración y ser en tiempo oportuno los guardianes de sí mismos. Así sucede que las mujeres jóvenes que conservan la inocencia, es decir, que son ignorantes, se acostumbran á la

frecuencia de los deleites conyugales y los echan de menos cuando sus maridos enferman ó envejecen antes de tiempo; y como por su misma candidez se figuraban que la frecuencia de esas relaciones constituye la regla y un derecho, llegan á crearse una necesidad que las expone luego á tentaciones violentas y á algo peor.

Mas colocándose en un punto de vida más general y elevado, todo aquel que ama á un ser ó una cosa sin conocerlos se convierte en la presa de algo que no amaría si pudiera conocerlo. En todos los casos en que la experiencia, las precauciones y las gestiones prudentes son necesarias, el inocente padece cruelmente, pues le es forzoso apurar á ciegas las heces y el oculto veneno de las cosas. Obsérvense los procederes de los príncipes, de las Iglesias, de las sectas, de los partidos, de las corporaciones: ¿no se valen del inocente como cebo en los casos más difíciles y desacreditados, como Ulises se valió del inocente Neoptolemo para robar su arco y sus flechas al viejo y enfermo ermitaño de Lemnos?

El cristianismo, con su desprecio del mundo, hizo de la ignorancia una virtud cristiana, acaso porque el resultado más frecuente que la inocencia produce es el pecado, el dolor de haberlo cometido y la desesperación; de modo que se trata de una virtud que conduce al cielo dando un rodeo por los alrededores del infierno; pues la promesa de una segunda inocencia solamente se cumple cuando se abren los sombríos Propileos de la salvación cristiana. Es una de las más bellas invenciones del cristianismo.

322. *Vivir en lo posible sin médico.*—Me parece que á un enfermo se le hace menos pesada la enfermedad

cuando le asiste un médico que cuando se cura á sí mismo. En el primer caso le basta cumplir escrupulosamente las prescripciones facultativas; en el segundo observamos de un modo más concienzudo aquello á que se refiere dicha prescripción, es decir, nuestra salud, observamos más cosas, nos privamos de más y nos imponemos más que aquellas que nos impondría ó de que nos privaría el médico. Todas las reglas producen ese efecto; nos desvían del fin que existe detrás de la regla y le hacen más ligero. Pero la apatía de la humanidad hubiera llegado al desquiciamiento y á la destrucción de haberse abandonado alguna vez del todo y lealmente en manos de la divinidad, que es su médico, practicando la frase «hágase la voluntad de Dios».

323. *Oscurecen el cielo.*—¿Sabéis cuál es la venganza de los tímidos que se producen en sociedad como si hubieran robado sus miembros; la venganza de las almas humildes (á estilo cristiano) que no hacen más que deslizarse furtivamente por todas partes en el mundo, la venganza de los que juzgan siempre sin que se les dé nunca la razón, la venganza de los beodos de todas clases para los cuales la mañana es lo peor del día; la de los enfermos, los achacosos y los caídos que no tienen el valor de curarse? Incalculable es el número de esas genticillas ávidas de venganza, y más incalculable todavía el de sus menudas venganzas; surcan sin cesar la atmósfera las flechas y flechillas lanzadas por su malignidad en forma que el cielo y el sol de la vida resultan nublados, no sólo para ellos, sino también para nosotros y para todos, lo cual es peor que si nos arañaran más frecuentemente la piel y el corazón. ¿No negamos á veces el sol y el cielo, únicamente

porque hace mucho tiempo que no los hemos visto? Luego la soledad, la soledad es lo que se impone en vista de esto.

324. *Filosofía de los cómicos.*—A los grandes actores les hace felices la ilusión de creer que los personajes históricos que representan estuvieron verdaderamente en el mismo estado de ánimo en que se encuentran durante la representación. Pero se engañan grandemente, pues su facultad imitadora y adivinadora que querrian hacer pasar por una potencia lúcida, alcanza solo á explicar los ademanes, las entonaciones de la voz, las miradas, y, en general, todo lo exterior, lo cual quiere decir que se apoderan de la sombra del alma de un héroe, de un hombre de Estado, de un guerrero, de un ambicioso, de un celoso, de un desesperado y penetran muy cercadel alma, pero no en el espíritu mismo del personaje que representan. Sería, en verdad, un gran descubrimiento que bastase un cómico inteligente en lugar del pensador, del hombre de ciencia y del especialista para esclarecer la esencia de un estado moral cualquiera.

No olvidemos jamás, cuando se formulan semejantes pretensiones, que el cómico no es más que un mono ideal, y que, á título de mono, no es ni siquiera capaz de creer en la esencia y en lo esencial: todo se convierte para él en papel, entonación, ademan, escena, bastidores y público.

325. *Vivir aislado y con fe.*—Para llegar á ser el profeta y el taumaturgo de su época, lo mismo hoy que en otro tiempo, hay que vivir aislado, con pocos conocimientos, algunas ideas y mucha presunción. De este

modo acabamos por figurarnos que la humanidad no puede prescindir de nosotros cuando lo absolutamente claro es que nosotros podemos prescindir de ella. En cuanto nos invade esta creencia surge la fe. Para terminar daré un consejo al que lo haya menester (el que daba á Wesley Bæhler su maestro espiritual): «Predica la fe hasta que la encuentres; entonces la predicarás porque la tienes.»

326. *Conocer nuestras circunstancias.*—Podemos calcular nuestras fuerzas, pero no nuestra *fuera*. No sólo son las circunstancias las que nos la muestran y nos la ocultan sucesivamente, sino que también esas mismas circunstancias la aumentan ó la disminuyen. Debemos considerarnos como una entidad variable, cuya capacidad productora puede llegar, en circunstancias favorables, al grado más alto. Conviene, pues, meditar sobre las circunstancias y observarlas con la mayor diligencia.

327. *Una fábula.*—Ningún filósofo ni poeta alguno ha descubierto todavía al D. Juan del conocimiento. No tiene amor á las cosas que descubre, pero tiene ingenio y voluptuosidad, y goza con la caza y las intrigas del conocimiento, y lo persigue hasta las estrellas más altas y lejanas, hasta que no le queda más que cazar, como no sea la parte completamente dolorosa del conocimiento, como el borracho que acaba por beber ajenjo y alcohol. Por eso concluye deseando el infierno; es el último conocimiento que le *seduce*. Y acaso también le desengañaría como todo lo demás que ha conocido. Entonces no le quedaría más recurso que pararse por toda la eternidad, clavado á la decepción y convertido él mismo en convidado de piedra, con el

deseo de una cena del conocimiento de que ya no podrá participar, pues la misma universalidad de las cosas no tendrá un bocado nuevo que ofrecer á este hambriento.

328. *Lo que dejan adivinar las teorías idealistas.*—Entre los hombres prácticos es donde con mayor seguridad se encuentran las teorías idealistas, pues son tales hombres los que han menester para su reputación de la aureola de esas teorías. Se apoderan de ellas con sus instintos sin incurrir en hipocresía, del mismo modo que un inglés no es hipócrita al practicar su cristianismo y su santificación del domingo. En cambio los caracteres contemplativos que tienen que desconfiar de toda especie de improvisación y que temen la fama de exaltados se satisfacen sólo con las duras teorías realistas, las cuales se apoderan de ellos por la misma necesidad instintiva y sin que padezca su sinceridad.

329. *Los calumniadores de la serenidad.*—Los hombres á quienes la vida ha inferido alguna herida profunda, desconfían de la serenidad, como si fuera siempre pueril y revelase una sinrazón ante la cual no puede experimentarse más que compasión y lástima, sentimientos análogos á los que produce ver á un niño moribundo acariciar todavía sus juguetes en su camita. Estos hombres ven debajo de las rosas sepulcros ocultos y disimulados; los placeres, el ruido, la música les parecen las ilusiones voluntarias de un hombre peligrosamente enfermo que quiere aturdirse todavía por un minuto con la embriaguez de la vida. Pero este juicio sobre la serenidad no es más que el reflejo de ésta sobre el fondo oscuro de la fatiga y de la enfermedad; es algo conmovedor, insensato, que excita la compa-

sión; algo pueril, que procede de esa *segunda confianza* que sigue á la vejez y precede á la muerte.

330. *No es bastante todavía.*—No basta demostrar una cosa: hay que persuadir á los hombres ó elevarlos hasta ella. Por eso el iniciado tiene que aprender á *decir* su sabiduría, y á veces á expresarla de modo que suene á locura.

331. *Derecho y límite.*—El ascetismo es la verdadera manera de pensar para aquellos que tienen que destruir sus instintos carnales, porque estos instintos son fieras. ¡Pero sólo para esos!

332. *El estilo ampuloso.*—El artista que no consigue infundir sus sentimientos sublimes en una obra para desahogarse, sino que quiere, por el contrario, hacer ostentación de sus sentimientos elevados, se vuelve hinchado, y su estilo resulta un estilo ampuloso.

333. *Humanidad.*—No consideramos á los animales como seres morales. Pero, ¿creéis que los animales nos consideran seres morales á nosotros? Un animal que sabía hablar, dijo: «La humanidad es una preocupación, de que nosotros estamos libres.»

334. *El hombre caritativo.*—El hombre caritativo satisface una necesidad de su alma haciendo el bien. Cuanto mayor sea esta necesidad, menos se pone en el lugar de aquel á quien socorre, y que le sirve para satisfacer dicha necesidad, y hasta resulta duro y ofensivo en algunos casos. (La beneficencia y la caridad judía tienen esta fama; se sabe que son un poco más violentas que las de los otros pueblos.)

335. *¿Por qué se considera al amor como amor?*—Necesitamos ser francos con nosotros mismos y conocernos bien para poder ejercitar con los demás esa benévola simulación que se llama amor y bondad.

336. *¿De qué somos capaces?*—Un hombre había sido atormentado todo el día por un hijo suyo malo y rebelde, hasta el punto de que le mató por la noche, y dijo al resto de la familia, dando un suspiro de satisfacción: «Por fin podemos dormir con tranquilidad.» ¿Sabemos á dónde podrían llevarnos las circunstancias?

337. *Lo natural.*—La naturalidad, al menos en los defectos, es acaso el último elogio que puede dirigirse á un artista artificial, comediante y afectado en todo lo demás. Por eso un hombre de esta clase dejará cínicamente que se manifiesten con toda libertad sus defectos.

338. *Compensación de conciencia.*—Un hombre puede ser la conciencia de otro, lo cual es importante, en particular cuando el otro no tiene conciencia.

339. *Transformación de los deberes.*—Cuando el cumplimiento de los deberes deja de ser difícil, cuando se transforman, después de una larga práctica, en inclinaciones gratas y en necesidades, los derechos ajenos á los cuales se referían estos deberes, se vuelven también otra cosa: quiero decir, que se tornan motivos de sentimientos agradables para nosotros. Desde ese instante el *otro*, cuyos son los derechos, se torna, en razón de esos mismos derechos, digno de ser amado, en vez de ser tan sólo venerable y terrible como antes. Buscamos nuestro deleite cuando reconocemos estar y queremos seguir bajo el dominio de su poder. Cuando

los quietistas dejaron de sentir el peso de su cristianismo y no hallaron más que goce en Dios, tomaron por divisa: «¡Todo por la gloria de Dios!» Todo lo que hacían en este sentido, no era ya un sacrificio para ellos; equivalía á decir: ¡Todo por nuestro deleite! Exigir que el deber sea siempre algo incómodo, como lo hace Kant, es pedir que no entre nunca en los hábitos y en las costumbres: en esta exigencia hay un poquito de crueldad ascética.

340. *La evidencia está contra el historiador.*— Es cosa demostrada que los hombres salen del vientre de su madre, á pesar de lo cual los niños se hacen hombres y los vemos al lado de su madre: así hacen que parezca absurda la hipótesis de su nacimiento; tiene la evidencia en contra.

341. *Ventajas de la ignorancia.*— Ha dicho alguien que en su infancia tuvo tal desprecio de los caprichos y de las coqueterías del temperamento melancólico, que ignoró hasta la mitad de su vida cuál era su temperamento: y era precisamente un temperamento melancólico. Por lo mismo, declaraba que ésta era la mejor de todas las ignorancias posibles.

342. *No confundir.*— ¡Si! Examina una cosa por todos lados, y por eso creéis que es un verdadero investigador del conocimiento. Pero lo que quiere es rebajar el precio: ¡quiere comprarla!

343. *Lo que se supone moral.*— No queréis jamás quedar descontentos de vosotros mismos, ni sufrir por causa de vosotros mismos, y llamáis á esto vuestra inclinación moral. Pues bien; otro puede decir que eso es

una cobardía vuestra. Y hay algo seguro, y es que no emprenderéis jamás el viaje alrededor del mundo (del mundo que formáis vosotros), y que seguiréis siendo en vosotros mismos un azar, una mota de tierra en otra mota. ¿Creéis que nosotros, que somos de otro modo de pensar, nos exponemos por temeridad al viaje al través de nuestra propia nada, por nuestros pantanos y nuestras cumbres nevadas; que hemos elegido voluntariamente los dolores y la repugnancia, como los anacoretas estilitas?

344. *Sagacidad en la equivocación.*— Si Homero, como se ha dicho, dormita algunas veces, al hacerlo era más prudente que todos los artistas de la ambición desvelados. Hay que dejar á los admiradores que tomen aliento, transformándose de vez en cuando en censores, pues no hay quien aguante la bondad no interrumpida, brillante y despierta siempre, y un maestro de este género, en vez de ser un bienhechor, se trueca en un verdugo, á quien se odia mientras camina delante de nosotros.

345. *Nuestra dicha no es un argumento en pro ni en contra.*— Muchos hombres no son capaces más que de una felicidad mínima, lo cual no es un argumento contra su sabiduría si ésta no puede proporcionarles más dicha, como tampoco es un argumento contra la medicina el que haya enfermos incurables. Lo que se puede desear á cada uno es que tenga la suerte de dar con la concepción de la existencia que pueda hacerle alcanzar su más alta medida de dicha; pero esto no que su vida sea digna de lástima y nada envidiable.

346. *Enemigos de las mujeres.*— «La mujer es nuestro

enemigo.» El que como hombre habla así á los hombres, deja hablar al instinto indomable, que, no sólo se odia á sí mismo, sino también á sus medios.

347. *La escuela del orador.*— Cuando se calla durante un año, se olvida la charla y se aprende á usar de la palabra. Los pitagóricos eran los mejores hombres de Estado de su tiempo.

348. *El sentimiento del poder.*— Distingase bien: el que quiere adquirir el sentimiento del poder se aprovecha de todos los medios y no desdén nada de lo que pueda alimentar este sentimiento. Pero el que le posee, se vuelve muy difícil y delicado de gusto; es raro que encuentre algo que le satisfaga.

349. *No es tan importante.*— Cuando se asiste á un fallecimiento, nos asalta por lo general una idea que un falso sentimiento de las conveniencias nos obliga á ahogar dentro de nosotros mismos; se piensa que el acto de la muerte es menos importante de lo que quiere que sea el sentimiento de respeto habitual, que inspira y que el moribundo ha perdido probablemente, en el curso de su vida, cosas más importantes que la que va á perder entonces. En este caso, la terminación no es ciertamente el fin perseguido.

350. *Cómo se promete mejor.*— Cuando se promete algo, no es la palabra quien promete, sino lo que hay de inexpressado detrás de las palabras. Las palabras debilitan la promesa, descargando y gastando una fuerza que forma parte de la fuerza que promete. Haced que os den la mano poniendo su dedo sobre los labios, y así tendréis la promesa más segura.

351. *Lo que generalmente no se advierte.*— Se observa en la conversación que uno tiende un lazo para que otro caiga en él, no por malignidad, como podría creerse, sino á causa del placer que le proporciona su propia astucia. Otros preparan la frase ingeniosa para que un tercero la haga ó bien enredan los hilos para que forme el nudo; y éstos no lo hacen por benevolencia, como podría pensarse, sino por malignidad y desprecio hacia las inteligencias toscas.

352. *El centro.*— El sentimiento: «yo soy el centro del mundo», surge con mucha intensidad cuando de repente nos vemos confundidos de vergüenza; nos sentimos como ensordecidos en medio de las rompientes y como cegados por un ojo enorme que mira á todas partes y llega al fondo de nosotros mismos.

353. *Libertad oratoria.*— «Es menester que la verdad se diga aunque el mundo hubiera de romperse en mil pedazos»; así dijo con su gran boca el gran Fichte. Muy bien; pero lo primero sería poseer esa verdad. Y lo que él pretende es que cada uno diga su opinión aunque se trastorne todo. Eso parece discutible por lo menos.

354. *El valor de padecer.*— Tales como somos los hombres, podemos soportar cierta dosis de molestia, y nuestro estómago está acostumbrado á estos manjares indigestos. Sin ellos acaso encontraríamos soso el banquete de la vida, y sin la buena voluntad de padecer nos veríamos obligados á perder demasiadas alegrías.

355. *Admirador.*— Aquel que admira hasta el punto

de que crucifica al que no comparte su admiración, debe ser incluido entre los verdugos de su partido, y no se le debe dar la mano ni aun siendo de su partido.

356. *Efecto de la felicidad.*—El primer efecto de la felicidad es el *sentimiento del poder*. Este efecto quiere manifestarse ya frente á nosotros mismos, ya frente á otros hombres, ó bien frente á representaciones ó seres imaginarios. Los modos más frecuentes que tiene de manifestarse son: hacer obsequios, burlarse, destruir; las tres cosas obedeciendo al mismo instinto fundamental.

357. *La moral de las moscas pegajosas.*—Los moralistas que carecen del amor al conocimiento y que no tienen otro gusto que el de hacer mal, recuerdan á las poblaciones pequeñas por su sagacidad y su aburrimiento; su deleite, tan cruel como lamentable, consiste en observar los dedos del vecino y en ponerle repentinamente una aguja para que le pique. Tienen algo de la malignidad de los niños que no saben divertirse sin acosar y maltratar á algo vivo ó algo muerto.

358. *Las razones y su sinrazón.*—Sientes aversión hacia él y presentas razones numerosas en que fundar esa aversión, pero yo creo en tu aversión, no en tus razones. Cubres las apariencias delante de ti mismo, presentándote y presentándome como una deducción lógica lo que se hace instintivamente.

359. *Aprobar una cosa.*—Se aprueba el matrimonio: primero, porque no se le conoce todavía, en segundo lugar, porque estamos acostumbrados á él, y en tercero, porque le hemos contraído; esto es lo que ocurre

en casi todos los casos. Y, sin embargo, nada de esto demuestra la utilidad del matrimonio.

360. *No eran utilitarios.*—«El poder, del que se dice mucho malo vale más que la impotencia, á la cual no suceden más que bienes», éste era el sentir de los griegos, lo cual quiere decir que en ellos el sentimiento del poder se consideraba superior á cualquier especie de utilidad y de buena fama.

361. *Parecer feo.*—La templanza se ve á sí misma hermosa, pero resulta impotente cuando á los intemperantes les parece grosera é insípida, y, por consiguiente, fea.

362. *Diferencias en el odio.*—Hay personas que no empiezan á odiar hasta que se sienten débiles y fatigadas; en otro caso se muestran equitativas y poseídas de sentimientos superiores. Otros comienzan á odiar cuando entrevén la posibilidad de la venganza; de lo contrario, se guardan de toda ira secreta y pública y pasan de largo cuando se les presenta la ocasión.

363. *Los hombres del azar.*—En toda invención corresponde al azar la parte principal, pero la mayoría de los hombres no dan con este azar.

364. *Elección de compañías.*—Debemos evitar el vivir entre personas ante las cuales no se puede ni callar dignamente ni dar á conocer nuestros pensamientos más elevados; de suerte que no nos queda otra cosa que manifestar que nuestras quejas y necesidades y la historia de nuestras miserias. Así, nos volvemos descontentos de nosotros mismos y descontentos de los

que nos rodean, y agregamos á los males que nos impulsan á quejarnos, el despecho que nos inspira estar siempre en la posición del hombre que se queja. Conviene vivir, por el contrario, en un lugar donde avergüence el hablar de sí mismo, y donde no haya necesidad de hacerlo. Pero ¿quién piensa en estas cosas ni en elegir estas cosas? Se habla del destino, se estira uno y suspira diciendo: ¡Soy un Atlas desgraciado!

365. *Vanidad.*—La vanidad es el temor de parecer original; significa, pues, falta de orgullo, pero no supone falta de originalidad.

366. *Las penas del criminal.*—A un criminal cuyo delito ha sido descubierto, no le hace padecer su crimen sino la tontería que ha hecho, ó la privación del elemento á que está acostumbrado, y se necesita ser en extremo sagaz para distinguir estos casos. Todos los que conocen las cárceles y los establecimientos correccionales se asombran de lo raro que es tropezar con remordimientos sinceros; mucho más frecuente es la nostalgia del crimen, del crimen perverso y adorado.

367. *Parecer siempre feliz.*—Cuando la filosofía era materia de emulación pública en la Grecia del siglo III, había algunos filósofos á quienes hacia felices el pensar en la envidia que debía despertar su dicha en los que vivían con arreglo á otros principios y desconfiaban de haber acertado; creían refutar á éstos con su felicidad mejor que con ningún argumento, y se figuraban que para lograr este fin les bastaría parecer siempre felices, pero de este modo llegaban necesariamente á la larga á ser felices de veras. Este es el caso de los cínicos, por ejemplo.

368. *Lo que nos hace engañarnos frecuentemente.*—La moral de la fuerza nerviosa, que va en aumento, es alegre y agitada; la moral de la fuerza nerviosa que decae (por la noche, después de las fatigas del día, ó en los ancianos y los enfermos), impulsa á la pasividad, á la calma, á la espera y á la melancolía, y á veces á las ideas negras. Según poseamos una ú otra de estas morales, dejaremos de comprender la que nos falta, y la interpretaremos en los demás como inmoralidad ó debilidad.

369. *Para elevarse por encima de su bajeza.*—Hay individuos orgullosos, que para cultivar el sentimiento de su dignidad y de su importancia necesitan valerse de otros hombres á quienes puedan tratar con dureza y zarandear; de hombres cuya impotencia y cobardía permite que cualquiera se dé tono delante de ellos con ademanes sublimes y furiosos! Se necesita que los que les rodean sean bien poca cosa para que puedan ellos levantarse un momento por encima de su bajeza. Hay quien necesita para eso un perro, otros un amigo, otros una mujer ó un partido, y, por último, en caso, muy raros, hay quien necesita de toda una época.

370. *En qué medida ama el pensador á su enemigo.*—No te ocultes ni calles á ti mismo nada de lo que podría oponerse á tus pensamientos. Haz este voto que forma parte de la probidad exigible, en primer término, al pensador. Es menester que cada día hagas también tu campaña contra ti mismo. Una victoria, la toma de una trinchera no te pertenecerá á ti, sino á la verdad, y tu derrota tampoco es cosa tuya.

371. *El mal de la fuerza.*—Hay que entender la vio-